

## IV

*Solange Fargeas al marqués de Tainay.*

«16 de febrero 1870.

»No quiero aceptar nada de lo que teneis la generosidad de ofrecerme, señor marqués. La reducida habitación que ocupo ahora, en el cuarto piso de la calle de Provence, me basta. Debo á la generosidad de una amiga de Morvan, á quien yo atendí en otra ocasión, y á quien la suerte pone hoy en condiciones de hacer mucho más por mí de lo que yo hice por ella, los muebles que me faltaban, y un hogar en donde vivo á gusto.

»Además, como ya sabeis, vuelvo á estar colocada en casa de mi antigua maestra Felisa. Me tratan bien y gano lo suficiente para mi hijo y para mí.

»No quiero que, si cumplís vuestra promesa, podáis decir que habeis dado vuestro nombre á una *entretenu*, que es, según creo, como llamais á esas... desgraciadas.

»Hasta ese día no habrá nada que me acerque á vos.

»Solo la enormidad de vuestro sacrificio puede hacerme olvidar la enormidad de la ofensa y los tormentos que os debo.

»En tanto, no teneis que exigirme ni ofrecerme nada.

»Los sufrimientos y privaciones de los días terribles me han herido, pero no vencido;

así es que los goces y las tentaciones de la fortuna no lograrán seducirme.

»SOLANGE FARGEAS.»

*El marqués de Tainay, á Solange Fargeas.*

«17 febrero.

»No comprendo por qué os obstináis en no ceder. Esto me affige y desespera.

»¿No estamos mutuamente ligados? ¿Sereis capaz de dudar todavía del cumplimiento de promesas tan reiteradas en las cartas que os escribo diariamente?

«No podeis figuraros qué alegría tan grande fuera la mía si me permitiérais desde ahora rodearos de ese lujo para el cual habeis nacido, ya que mi buena estrella me permite proporcionároslo.

»He encargado á Servais, que es muy fiel para mí, que os busque un hotelito en un barrio céntrico y sano. Ha descubierto uno que se vende en las mejores condiciones.

»Ese nido de flores se halla cerca del Arco de la Estrella y del Bosque.

»Tiene magnífica estufa, que da al salón.

»Todo está admirablemente dispuesto, con irreprochable gusto.

»De allí vengo.

»Estareis allí con vuestro hijo (¡el mío, Solange!) servida por gente vuestra, más libre que ahora, puesto que nadie tendrá derecho á mandar en vos, y en cambio vos lo tendreis

para mandar en los demás. ¡Qué diferencia de la existencia que lleváis y que debe pesaros tanto.

»Si me permitís ir á veros, y pasar algunos momentos, todos los días, á vuestro lado, no habrá felicidad comparable á la mía.

»Confío en que llegaría á extinguir por completo vuestros resentimientos, borrando to la huella, y que con esto se haría menos penoso el tiempo que hay que esperar.

»Os amo con ardor, con verdadera furia.

»¿Por qué os mostráis tan implacable? ¿Por qué retardáis el momento de reunirnos? El consentimiento está dado; ¿qué falta, pues, para sellar este lazo, más que una formalidad, que os juro cumplir gustoso tan pronto como los acontecimientos, impacientemente esperados, me hayan devuelto mi independencia.

»¿A qué me habláis del mundo, si no se ocupa de nosotros ni de nadie, ni agradece sacrificio alguno y lo olvida todo?

»En fin, si lo que os detiene á admitir ese hotel, ese nido encantador, es el temor de que yo abuse de vuestra condescendencia, al penetrar en él, os ofrezco no poner los pies allí.

»Me conformaré con veros desde lejos; pero me cuesta mucho trabajo resignarme á que la mujer á quien he ofrecido mi nombre, que he de elevar hasta mí, que es mía, y, por mi deseo, la única, la verdadera marquesa de Taunay, ¡viva trabajando para comer!

»Reflexionadlo bien, y contestadme.

»Os amo, os adoro, Solange.

»OLIVERIO.»

*Solange Fargeas al marqués de Taunay.*

«30 de enero.

»No estoy descontenta de mi situación. Sin duda está lejos de valer tanto como aquella cuyas ventajas me pintáis, pero me sería muy duro caer desde la posición brillante que entonces tendría á la humildad de la esfera en que viva.

»¿Quién lo impediría?

»¿Cómo podría yo evitar las consecuencias de un capricho? ¿Y quién me dice que este capricho, á merced del cual estaría, no me habría de arrojar cualquier día de un paraíso que no me seduce?

»Por ahora vivo con arreglo á mis recursos, y mi hijo está educado como lo puede estar el hijo de Solange Fargeas, descendiente de un pobre guarda de Morván y empleada en un almacén de modas con un sueldo de ciento veinte francos mensuales.

»No trateis de hacerme cambiar de resolución, porque sería inútil.

»Mantendré mi palabra en la forma en que la he comprometido.

»Deseo que no os ofendais; pero conocéis demasiado mis verdaderos sentimientos para ignorar que este sacrificio, realizado en favor de un hijo, inocente de los actos de su padre, ha costado más de una pena al corazón de la madre.

»SOLANGE FARGEAS.»

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RAMÍREZ"  
1925. 1525 MONTERREY, MEXICO

*El marqués de Tannay á Solange Fargeas.*

«9 de Febrero 1870.

»Sois impladable y quisiera odiaros como mereceis.

»¡No desmentís la sangre de que procedeis, ni el suelo granítico y endurecido que os ha servido de cuna!

»Ayer estuve durante dos horas en el salón de Felisa. De fijo que os figuráis que iba allí solamente por vos, y que mi visita no tenía más objeto que veros aun cuando sólo fuera un momento... De esta contemplación hubiera sacado un poco de paciencia, si á lo menos con una mirada hubiérais dulcificado la amargura de una separación que cada vez me es más insoportable.

»Ni siquiera esa limosna habeis querido darme: ibais de un lado á otro, indiferente, altanera, tentadora, como un dorado racimo sobre un alto emparrado, fuera del alcance de la mano que pretenda cogerlo.

»Os lo ruego, Solange, cesad en este feroz entretenimiento.

»¿Es coquetería? ¿Es todavía odio?

»Sed franca y contestad.

»OLIVERIO.»

*Solange Fargeas al marqués de Tannay.*

«10 febrero del 70.

»No desciendo nunca hasta el fondo de mi

corazón; tengo miedo de descubrir en él sentimientos que me asustarian.

»Sin embargo, voy á ser sincera.

»La generosidad de vuestras promesas en lo que concierne á mi hijo, me parece que ha desarraigado mis antipatías.

»Pero tengo el alma demasiado enferma todavía para que experimente otras sensaciones que no sean el aburrimiento y la fatiga.

»El tiempo me curará.

»SOLANGE.»

*El marqués de Tannay á Solange Fargeas.*

«Febrero 20 del 70.

»¡Tened cuidado! No sabeis á qué excesos podeis arrastrarme si me seguís desesperando. Os lo ruego: ceded á mi súplica; es la última que os dirijo.

»OLIVERIO.»

*Solange Fargeas al marqués de Tannay.*

«21 febrero 1870.

»No comprendo vuestras amenazas. ¿A quién se dirigen y qué pretendeis hacer? No deseo el mal para nadie y no querría, ni para mi más cruel enemigo, la décima parte de los tormentos que he sufrido desde hace dos años.

»Imitadme, pues, y tened paciencia.

»SOLANGE.»

*Felisa al marqués de Taunay.*

«26 febrero 1870.

»Conforme deseábais, he sondeado á Solange con el mayor detenimiento, y he abogado por vuestra causa con un talento digno de mejor suerte.

»¡Debo declarar que no obtendreis, nada, nada, nada!

»En lo que se refiere al porvenir, ella no faltará á su palabra.

»Es un bloque de mármol, pero del mármol más puro y que mejor realiza la belleza ideal.

»En resumen; por ahora nada: para el porvenir todo.

»Atadme, si me equivoco, á la cola de un caballo sin domar, como Brunehaut ó Mazepa. Os autorizo para ello.

»FELISA.»

## V

M. de Taunay llegó á un estado tal de excitación, que le privaba de toda libertad de espíritu.

El, para quien desde su nacimiento todo era sonrisas y alabanzas, se estrellaba contra una resistencia fría, inflexible.

Todo el mundo conoce el horrible episodio de los *Misterios de París* en que el notario

Santiago Ferrand se entrega á la voluptuosa Cecilia, en la cual el novelista ha querido encarnar la sensualidad devoradora y mortal, encendida en el fuego de los trópicos.

Se sabe la terrible impresión causada en este paisaje novelesco por la criolla cuya mirada magnética, negros cabellos, labios de húmedo coral y sonrisa insolente y amorosa, le hicieron pasar por todas las torturas de los deseos no satisfechos que le matan en el monstruoso suplicio del *delirium* de la lujuria.

Lo que era posible con un hombre del temple de Santiago Ferrand, no lo era tratándose de uno de gustos tan refinados como el marqués de Taunay.

Oliverio no tenía ni el carácter del notario, que brota lleno de vida de la imaginación del célebre escritor; ni sus pasiones brutales que no se encuentran en grado tan alto sino en un mundo quimérico.

Sin embargo; estaba ébrio, trastornado por la belleza de Solange; un encanto fatal se la recordaba á cada instante y esto era para él un suplicio continuado.

Era demasiado excéptico; poseía un cerebro demasiado firme para caer en brazos de la locura causada por la pasión; pero su deseo era bastante violento para absorberle y bastante poderoso para impulsarle á realizar los actos más criminales desde el momento en que se creyera seguro de cometerlos en la sombra.

Una sola cosa le preocupaba: la impuni-

dad, y con este objeto meditaba y maduraba su proyecto.

Sus amigos notaban las distracciones en que incurría; en algunos momentos se hubieran dicho que le había acometido un vértigo. Por la mañana iba á casa de Felisa como en otro tiempo, con la esperanza de obtener de Solange una sonrisa. La joven pasaba por su lado indiferente y distraída sin aparentar ocuparse de su presencia. Por la noche, al ir al círculo, paseaba bajo sus ventanas, acechando la débil claridad que se filtraba á través de los visillos.

Muchas veces la esperaba en su camino para acompañarla hasta su puerta. Ella misma la rechazó; le respondía con afabilidad; pero se negaba á dejarlo entrar en el pequeño departamento que la Simona había alquilado para ella en la misma casa y que estaba amueblado con cierta coquetería.

Dos ó tres veces por semana le enviaba él un billete de la Opera ó los Franceses y desde su butaca de orquesta se complacia en el murmullo lisonjero que saludaba su entrada cuando llegaba acompañada por Felisa.

Con el fulgor de las arañas parecía divinamente hermosa y lo era en efecto.

Gracias al dinero de la *Bigornia*, nada le faltaba y llevaba encantadoras *toilettes* con exquisito gusto.

El marqués se clavaba por su propia mano la flecha que le desgarraba cada vez más el corazón.

No había más que un medio de salvarse; la

fuga; pero se habría guardado mucho de apelar á ella.

No tenía ni fuerza ni voluntad.

Por fin, una conversación que tuvo con el célebre doctor Durand, el médico de la marquesa, dió al traste con sus vacilaciones.

Desde la escena que hemos relatado, Elena y su primo no se separaban.

Roberto consideraba como un deber dulcificar cuanto pudiera los restos de una vida sentenciada.

Elena era tan dichosa á su lado, y se mostraba tan sonriente, que al cabo de poco tiempo comenzó á tener alguna esperanza.

Obedeciendo á sus ruegos, á sus órdenes, la hablaba como en otro tiempo, cuando se paseaban por las alamedas de Chevagnes ó corrían á caballo, como hermanos, á través de la floresta.

Bien pronto el mismo médico fué engañado por los síntomas que se manifestaron. La joven parecía revivir; la sangre volvía á colorear sus mejillas; sus ojos tenían mucha más vivacidad.

Quizá todo esto no era todavía la salud, pero sí la dicha que es lo que suele devolverla.

Se hubiera creído que era una planta muerta á la cual una lluvia bienhechora reanimaba.

Se sentía amada, y lo era con profundo é inalterable afecto.

El doctor prescribió la residencia en Cannes, las islas Hyeres ó la Provenza; y consúl-

tado por el marqués, reservadamente, afirmó que la enferma viviría.

Oliverio reprimió un movimiento de sorpresa, quizá de despecho.

La mirada penetrante del médico adivinó la causa. Conocía demasiados secretos para ignorar las escandalosas relaciones del marqués con la princesa Cavalli; pero la discreción es una virtud necesaria para estos consejeros de las familias.

Se contentó con insistir acerca de sus esperanzas.

—La marquesa es un ángel—dijo terminantemente,—pero no la creo próxima á subir al cielo. Temblaba por ella, pero mis temores se han desvanecido.

Sería imposible pintar la alegría profunda que inundó el alma del conde de Souvray. Si hubiera adivinado lo que pasaba en la de su primo, de seguro que le hubiera matado en el acto como á una bestia feroz.

El doctor Durand acababa, sin saberlo, de pronunciar la sentencia de su cliente.

El marqués disimuló su emoción y hasta pareció encantado por aquella mejoría y mostró una alegría inusitada ante la marquesa y el conde, y comprometiendo con sus instancias á Souvray para que los acompañara en su viaje al Mediodía.

—Partiremos cuando queráis,—dijo á Elena.

Y se consagró á forjar proyectos de su instalación futura; propuso como residencia la soberbia posesión de su amigo el barón de

Tallevande en el golfo Juan, elogiando su parque lleno de naranjos y limoneros y la situación de aquel lugar de delicias.

Elena, como no estaba acostumbrada á tales agasajos por parte de su esposo, quedó aturdida.

Souvray se preguntó qué nueva perfidia se ocultaba bajo las caricias del marqués y se propuso vigilar.

Una hora más tarde, Oliverio se hacía anunciar en el gabinete de la princesa Wanda.

Su pasajera alegría había desaparecido.

Su fisonomía era tenebrosa.

La polaca le recibió muellemente reclinada sobre un ancho diván de raso azul.

Todo era azul en aquel *boudoir* lleno de perfumes discretos y destinado á hacer resaltar su belleza de rubia vaporosa.

Allí era donde le gustaba recibir á su amante.

—¿Qué os sucede?—preguntó, tendiéndole una mano, que él llevó á sus labios.

—Nada.

—Eso se dice cuando se quiere que á uno le arranquen algún secreto.

—Nada, os lo repito. Una contrariedad....

—¡Ah! ya veis...

—Sí, pero se trata de una de esas contrariedades que nadie se atreve á confesarlas y contra las cuales no sirve hacer nada.

—Me haceis temblar con vuestras reticencias, amigo mío.

—Pues si hablase, temblarías con más motivo.

La polaca atrajo con ademán violento á su amante, y mirándole á los ojos, exclamó:

—Vamos; nada de rodeos. Hablad con franqueza. El mérito de la lengua francesa es la claridad. Sed claro.

—No insistais; os causaría un disgusto y...

—Preferís dejarme atormentada por las más desconsoladoras suposiciones. Hablad; lo quiero.

—Pues bien; nosotros formamos un proyecto...

—¿Un proyecto?...

—Y es preciso renunciar á él.

De un salto se puso en pie la polaca.

—Me atormentas—exclamó.—Yo no recuerdo más proyecto que uno serio, un propósito que me absorbe toda, una idea que me turba...

—¿Y es?...

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello, diciendo:

—El de amarte siempre; ser tuya, enteramente tuya; llevar tu nombre, poder publicar mi amor, enorgullecerme paseando de tu brazo sin temor á las críticas...

—Pues justamente ese ensueño es el que es preciso olvidar.

—¿Por qué?

—Porque nos hemos forjado ilusiones al suponer á la marquesa desahuciada, siendo así que, por el contrario, parece seguro que puede vivir muchos años.

—Eso es imposible. ¿Quién lo ha dicho?

—¿Quién? El doctor Durand.

—Se engaña.

—Le he consultado seriamente y en secreto. Cree que las probabilidades de una curación completa son muchas. Receta el Mediodía y vamos á partir.

—¿Alejarte? ¿Dejarme?... ¿Y tú has creído que yo consentiría?

—Es preciso reflexionar. Sólo es por un poco tiempo. Me es imposible no acompañar á la marquesa. ¿Qué diría la sociedad?

—Sí, ¡qué diría la sociedad!—repetía ella con desdén.—Esa es vuestra preocupación.

—Yo no puedo desear la muerte de la pobre Elena—replicó él con intención.

—Y sin embargo yo he dado muerte á mi marido para no dejarte—contestó ella con voz sorda.

—¡Oh! para no separarte de mí y para guardar la fortuna del príncipe—dijo él como si le regocijara el provocarla.—Además, vos, Wanda, sois una oriental déspota, cruel, sin leyes y sin freno. Nada os asusta, ni la opinión ni los magistrados, ni la justicia de Dios ni la de los hombres. Sois una hija de la naturaleza; no teneis, y por ello estais envanecida, nuestras tontas delicadezas, ni nuestros escrúpulos...

—¿Es por bromear por lo que me hablas así?

El cambió bruscamente de tono y añadió:

—No; trato de parecer indiferente y sufro

más que tú, pero hay necesidades ante las cuales debemos inclinarnos.

Después de todo, quizá esté engañado el doctor.

—¿Afirma que vivirá?—preguntó ella con la frente surcada por un pliegue profundo.

—Sí.

—¿Y tú tienes confianza en él?

—La merece.

—¿A qué atribuye él ese cambio?

—¿Quién lo sabe? A la juventud...

—La baronesa de Montalambert dice que parece dichosa desde hace algún tiempo...

La princesa, al decir esto, hundía la mirada de sus verdes pupilas en los ojos de su amante.

El marqués se puso á jugar con las sortijas de su amada para disimular su turbación.

—Me has jurado ser mi esposo,—añadió.

—Sin duda; pero no soy libre.

—¿Y si lo fueras?

—No hay que pensar en ello. Yo no deseo la muerte de nadie...

—Pero, en fin, si lo fueras—repitió ella con vehemencia—¿cumplirías tu palabra?

—¡Qué violenta sois, princesa!—dijo con una sonrisa de tierna compasión.—¡Qué nervios tan irritables! ¡Qué ardor!

Y aproximándose á ella en el divan, teniendo cogida una mano, continuó: «Sí, yo te amo; yo te daría mi nombre con regocijo. Yo seré lo que tú quieras que sea, porque eres raramente hermosa, me fascinas y me

vences. Alguna vez se llegan á maldecir tus caprichos, tus despotismos, pero es necesario volver á tus plantas como un perro apaleado por su amo lame la mano que le castiga.

—¿De veras?

—¿Lo dudas?

—Algunas veces. Me parece que estás preocupado y que tu espíritu está muy lejos de aquí. Yo querría seguirle hasta donde vá. Me digo que mientes, que me engañas: en una palabra, estoy celosa. Me parezco á los avaros que no duermen tranquilos; quisiera que siempre estuvieses á mi lado. ¡Oh! no separarme jamás, vivir uno al lado del otro, el uno para el otro, en libertad, lo mismo en un *chalet* á la orilla del mar azul que en un palacio de Venecia, ó en cualquier rincón perdido en los bosques, ó en las montañas; por todas partes adonde la fantasía pueda llevarnos, ir siempre unidos; ¡qué felicidad! Y esto, que es lo que yo deseo, y lo que espero, ¿sería preciso renunciar á ello?

Y lo miraba, envolviéndole en las irradiaciones de sus ojos, deseosa de penetrar su secreto, porque adivinaba, vagamente aun, que él ocultaba alguno bajo su máscara de despreocupación y aburrimiento.

—No creas—continuó ella—que yo consentiría en esa renuncia sin luchar. ¡Pero es imposible que ella haya cambiado de un modo tan brusco y sin causa! ¡Que la vida renazca de sus cenizas! Confíesalo: tú quieres ponerme á prueba.

El contestó secamente:



—No.

—¿Has dicho la verdad?

—Por desgracia.

—¿El doctor afirma que curará?

—Sí.

—Vamos, eso es una broma. El médico habrá querido tranquilizarte. Tú la amas quizá ó él lo cree.

—No la aborrezco. ¿Por qué había de odiarla? Es inofensiva; es la dulzura personificada.

—Pero vive—murmuró la princesa, á la cual se le escapó esta frase terrible.

—¡Si eso es un perjuicio!...—dijo Oliverio sonriendo.

—Lo es á mis ojos—contestó ella cínicamente, con la feroz violencia que le era tan natural.

Luego añadió, bajando la voz:

—No creo en los médicos. Nunca les he visto curar á nadie. Lo único que hacen es calmarnos los nervios con venenos que nos matan. Todos son unos charlatanes. Sin embargo, puede suceder que el doctor Durand, ese ilustre empírico, haya visto bien por primera vez en su vida.

Estas palabras fueron dichas con un tono sarcástico, á través del cual se escapaba su reconcentrada cólera.

—¿Y qué?—preguntó Oliverio.

—Yo quiero convencerme, por mis propios ojos, de lo que debo esperar ó temer. Soy como los herederos que cuentan con la fortuna, y calculan hasta los latidos del corazón del pariente del cual la esperan.

Y diciendo esto, se levantó, dió algunos paseos por el gabinete, y se apoyó sobre un lambrequín de la chimenea.

—La marquesa os ve raras veces—objetó Oliverio.

—Raramente, en efecto. Evita hasta saludarme cuando la casualidad nos pone frente á frente; y si se ve obligada á ello, lo hace de tan mala gana, que su saludo puede pasar por una injuria.

—Entonces no veo el modo de reuniros.

—Lo busco. ¿Creo que lo he encontrado!

La polaca había cogido un abanico, y lo manejaba con abandono; nadiera hubiera dicho que meditaba una acción detestable.

—El invierno se despide. ¡Si yo diera una gran fiesta! ¿Cuándo partireis para el Mediodía, Oliverio?

—Dentro de algunos días.

—No os faltarán pretextos para retrasar el viaje, siquiera quince días...

—Eso es mucho; además, no conozco vuestro proyecto.

—Si la marquesa asistiese á esta fiesta, yo la estudiaría á mi gusto y creo que puedo decirlo que tengo la mirada tan penetrante como el doctor Durand.

—Ese proyecto es impracticable.

—¿Por qué?

—Porque Elena se negará á venir aquí.

—¡Oh! ¡si vos insistieseis! Teneis mucho influjo sobre ella... y si yo os lo rogara bien... un marido tiene derechos...

—¿Cuándo dareis esa fiesta?

- Cuando os acomode.  
 —Dentro de ocho días...  
 —Sea.  
 —Pero con una condición.  
 —¿Cuál?  
 —Que la señora marquesa de Taunay-Cou-  
 lange vendrá á ella.  
 —Ella pretextará nuestras... relaciones.  
 —Negadlas.  
 —Su salud...  
 —Decidle que es excelente.  
 —Teneis respuesta para todo. En fin... ¿lo  
 quereis decididamente?

La princesa volvió al divan y dijo fingien-  
 do estar fatigada, con su melodiosa voz de  
 mezzo-soprano:

- Absolutamente.  
 —Pues vendrá,—afirmó Oliverio.—¿Qué  
 puedo yo rehusaros?  
 —Ya sabía yo,—repitió ella con pérfida  
 intención,—que me concederíais ese favor.  
 —¿Pero la fiesta será de tal naturaleza que  
 justifique esta exigencia?  
 —Soberbia; os juro que dará que hablar.  
 El marqués no pudo contener un extreme-  
 imiento.

- Una doncella levantó el portier y preguntó:  
 —¿Quiere recibir la señora princesa?  
 —¿A quién?  
 —A la señora baronesa de Montalambert.  
 —El cielo me la envía.  
 —La señora de Montalambert viene con  
 su marido.  
 —Razón de más. Que pasen.

Wanda puso el dedo sobre los labios, sig-  
 nificando el silencio.

La recomendación era supérflua.

Aquellos dos seres eran tan depravados y  
 tan fuertes el uno como el otro. Solo que la  
 princesa, astuta, feróz, con sus pasiones arre-  
 batadas é innobles, era casi inconsciente.

La baronesa entró, como siempre, lo mis-  
 mo que una avalancha, y se lanzó al cuello  
 de la polaca.

—¡Ah! ¿sois vos, marqués?—exclamó en  
 seguida. Es una fortuna el encontraros. Veo  
 con placer que el sol resplandece en vuestro  
 rostro, muy oscuro desde hace algún tiempo;  
 hoy es un paréntesis de las habituales triste-  
 zas. Es lo que le pasa al barón: miradle. Pa-  
 rece que sigue el fúnebre cortejo de alguno  
 de esos parientes de los cuales no se hereda.  
 Y, sin embargo, hay quien me dice que  
 cuando no está conmigo, en el club, por  
 ejemplo, es de una alegría ruidosa y de un  
 humor...

Al decir esto, le amenazaba con el dedo.

—¡Ah, cara mía!—murmuró Montalambert  
 con tono doliente.

—¡Oh! yo soy confiada, sencilla—dijo ella;  
 —se me puede engañar, pero solo una vez...  
 Cuidado, pues, amigo mío. Es como vuestra  
 salud: no me sorprendería que, á pesar de  
 vuestros lamentos, fuera excelente.

Varió la conversación, eligió otro tema, se  
 extasió contemplando algunos *bibelots* que la  
 princesa había comprado, habló del teatro,  
 de las carreras, y de repente dijo:

—¡Ah! no se distrae una.

—¿Qué queréis?—dijo el barón.—Princesa, os tomo por juez. ¡Dos bailes por semana! ¡Siete comidas! Tres días de Opera y los Franceses cuando se puede. Conozco de memoria todos los teatros pequeños... En fin, que estoy extenuado.

—¡Los bailes!—replicó irónicamente Luisa.—Mejor que bailes han de llamarse reuniones de pensionistas. Lo que yo querría es una gran fiesta que causara sensación. He hablado de ello á mi madre. La he dicho: «Madama, tenemos un hotel enorme, salones que no se sabe donde terminan... ¿para qué nos sirve todo eso?»

—Madama Severin. ha eludido la indirecta. Quiere el reposo mi madre política.

—¿Os quejais de ello?—dijo su marido.

—¡Dios me libre! Al contrario, hago su elogio. Ella comprende que una gran fiesta en una casa produce un trastorno de todos los diablos, y altera las costumbres de las gentes pacíficas.

—Tiene razón.

—No nos entenderemos vos y yo nunca, amigo mío.

La princesa cortó este debate conyugal.

—¿Queréis una fiesta, querida amiga?

—Sí.

—En casa de los demás, pase—dijo el barón.

—Pues bien, yo me sacrificaré.

—¿Dareis una, después de veladas tan brillantes?...

—No hay nada que yo no haga con tal de distraeros. ¿Qué día queréis que se celebre la fiesta?

—¡Qué amable y qué generosa sois!

—Es el modo que tiene una extranjera de corresponder á la encantadora hospitalidad de los parisienses. Dispensar el bien divirtiéndose.

Cuando una hora más tarde la baronesa ocupó su coche, estaba convencida de que el hotel Cavalli sería invadido diez días después por la crema de la sociedad parisiense, y que la princesa daría una de esas noches de fausto y grandeza que lleva la alegría al comercio y forman época en el recuerdo del *todo París* de la nobleza y de la banca.

Cuando quedó sola la princesa, dejó su sonriente careta como una cómica que vuelve á su cuarto, fatigada por un prolongado esfuerzo.

Sus facciones tomaron una expresión cruel. Puso el dedo sobre un timbre, y momentos después reapareció la doncella.

—Llamad á Miska—dijo la princesa.

Y cuando llegó la bohemia:

—Ven—la dijo, señalándole un cojín que estaba á sus piés;—tenemos que hablar.

## VI

Las recepciones de la princesa Cavalli gozaban de gran favor en la socieadd brillante del final del Imperio.

Ella sabía darles un sello artístico que,